

El Camino Hacia una Cultura de Paz¹

"No hay caminos para la paz; la paz es el camino."

Gandhi

Desde hace varios lustros la humanidad sostiene el sueño de crear una cultura política y social orientada hacia la paz, la armonía y la convivencia entre las personas, e incluso han habido personas que han soñado con borrar las fronteras que dividen países y así poder lograr convertirnos en una gran nación y ser todos ciudadanos del mundo.

Los ejemplos literarios abundan, como "Un mundo feliz" de Huxley, "Utopía" de Tomás Moro, o "El príncipe" de Maquiavelo. De igual forma, los movimientos sociales que ejemplifican este deseo van desde el movimiento "Hippie", las ideas de Gandhi, Mandela, Einstein, el confucianismo, y el mismísimo Jesús, por tan sólo citar.

Aunque sobran también los ejemplos de personas que han propuesto un camino sobre el ordenamiento social como Locke o Montesquieu, el problema es llevar sus ideas a la práctica pues ha sido imposible, debido al afán de las personas de destruir todo aquello que moderadamente parece funcionar.

La psicología ha hecho ya también su aporte al tema con la obra de B. F. Skinner intitulada "Walden Dos", la misma era una sociedad regida por principios claros de la psicología conductual, en la cual prevalecía el orden, la igualdad y la armonía, hasta que tuvieron contacto los habitantes de Walden con foráneos que terminaron por dar al traste con la ideología de la comuna. Pero, como algunas ideas se fanatizan, ya tenemos en México una comunidad de seguidores que quieren seguir el ejemplo de Skinner y construir su propio Walden; así como resulta ser que también hay una religión Jedi en Australia, o se han hecho de Elvis Presley y Bob Marley dioses. Se perdió la perspectiva de Skinner, siendo simplemente ejemplificar cómo puede funcionar una sociedad organizada por principios de comportamiento.

¹ Lic. Galo Guerra. Psicólogo Modificador de Conducta, Fundador y Director del Instituto Conductual de Costa Rica. Correo: galo@incocr.org

Revisemos lo que ocurre con el funcionamiento social. Toda sociedad debe estar estructurada de forma tal, que permita la convivencia entre sus miembros aún a pesar de sus características individualidades. Esto se traduce en la necesidad general de procurar el bienestar común primando ante el bienestar individual. Nunca un bien personal debe sobreponerse al bienestar del grupo.

Para lograr esto, se han ideado históricamente sistemas de control que quedan en manos de una minoría, los cuales toman decisiones en beneficio de la mayoría, esto es lo que estudió Marx, y que en nuestra sociedad llamamos democracia.

El tema del control sería muy amplio, si en aras de la brevedad se extrae que es simplemente necesario, pues sin él la estructura sería anárquica, prevaleciendo el hedonismo que implicaría una decadencia similar a la que llevó a la caída del imperio romano. Lo que ocurre es que éste ya mencionado control debe contener una meta claramente definida; orientado a llevar a buen término un proyecto social que implique la construcción y diseño de las personalidades de sus individuos. Aquí es donde fallamos.

Los antiguos griegos creían que la educación era el medio más apropiado para lograr crear ciudadanos de bien, tanto así que consideraban que si alguien actuaba mal, era por desconocimiento. En ese sentido, su primera sanción era ser adoctrinado. De igual forma los japoneses, chinos e hindúes seleccionaban la forma de crianza con objetivos específicos a desarrollar en sus hijos concibiéndolos como un proyecto a largo plazo; un producto social que tendrá en algún momento una función específica y ésta debe ser productiva y constructiva.

De igual forma la instrucción que siguieron los Samurai iniciaba desde la infancia, misma que se concibió y aplicó como un sistema mecánico que forjaba en sus mentes -tal y como se forja el hierro-, una serie de principios que giraban en torno al honor como eje principal, logrando entonces disciplina, templanza, moderación, escucha, contemplación y deseo de aprender.

Las tradiciones hinduistas forjan la meditación como valor supremo y sus derivaciones tales como el budismo, resumen en tres conceptos los valores forjados: sé meditar, sé escuchar y sé ayunar, tal como los condensó Hesse en su obra Siddartha.

El principio utilizado en todos éstos casos, es la repetición constante y sistemática de una idea por parte de las personas que rodean a un niño, de forma tal que la consigna repetida se escriba en la memoria de la persona. Estas consignas no eran azarosas, más bien eran escogidas con toda premeditación pues se necesitaba que el valor se convirtiese en conducta.

De forma general un pensamiento se traduce en regla y toda regla en una conducta. Quien piensa que las drogas son inaceptables, buscará alejarse consistentemente de ellas. No hay nada complejo en esta afirmación.

El éxito del movimiento “hippie” fue repetir constantemente la frase “haz el amor y no la guerra”, -que dejando de lado el alto consumo de cannabis de este grupo-, ese fraseo se convirtió en un emblema que destacó a esa generación precisamente porque lo cristalizaron en un comportamiento. De igual forma Lennon dijo “denle una oportunidad a la paz”, canción que marcó igualmente un estandarte en las filas de seguidores pacifistas, haciendo de éste pensamiento una conducta.

Retomando el punto de nuestro fallo, podemos iniciar diciendo que la estructura de control social no cumple con la función básica de generar los controles necesarios para que exista un diseño de individuos. Es decir, no hay una meta de características definidas como deseables para los ciudadanos por parte de los entes que les gobiernan y dirigen. En la práctica se utiliza el principio de opuestos, lo que significa que simplemente se tiene una idea muy vaga de lo que **no** se quiere que la persona sea. Esto resulta un problema, pues el hecho de que un comportamiento sea censurado, no precisamente especifica cuál es el comportamiento deseable.

Por regla de comportamiento, no se debe intentar erradicar una conducta sin brindar otra deseable a cambio. Al censurar un comportamiento o pensamiento solo se logra una disminución inmediata del mismo, pero rápidamente se volverá a ejecutar la acción, ya que el “castigo” no genera motivación ni aprendizaje a largo plazo.

Caso contrario, el aprendizaje que perdura a lo largo de la vida se logra a partir de repeticiones constantes de los pensamientos y conductas deseables, que se vean recompensadas por su ejecución. Esta repetición constante se convierte para la persona en la regla o máxima, la que a su vez pasa a concretarse y definirse como la idiosincrasia del individuo. Lamentablemente, ante la repetición del sistema de castigo, éste es el que se convierte en una regla, por ende una práctica social cotidiana.

De acuerdo con el sistema de los griegos, -como anteriormente mencioné- al creer ellos que la educación es la clave para la formación de ciudadanos, dieron justo en el clavo. El camino para una cultura de paz consiste en forjar individuos de bien, y esto solamente se logra a través de un adecuado sistema educativo. El trabajo con las nuevas generaciones es la respuesta idónea, pues son quienes lograrán realizar un cambio de ideología transgeneracional.

Depende de nosotros, los adultos del presente cambiar el sistema por el cual enseñemos los principios y valores adecuados para lograr éste resultado. De una forma tal vez temeraria, he aquí los valores deseables como resultado de personalidad:

- a- Altruismo
- b- Honor
- c- Lealtad
- d- Conciencia.
- e- Responsabilidad
- f- Justicia
- g- Tolerancia
- h- Autocontrol

La combinación de éstos valores de la personalidad, resulta en un individuo que desinteresadamente desea el bienestar de los demás. Es una persona que no altera la realidad y es capaz de discernir entre sus verdaderos alcances y limitaciones; no intenta transgredir los derechos ajenos, sino que tiende a respetarlos y propicia el espacio de negociación.

Evidentemente, estos principios aplicados en la comunidad darían como resultado un grupo de personas que lograrían una convivencia saludable, sobre la base de la tolerancia y la negociación, traduciéndose en una comunidad pacífica.

¿Por qué no hemos logrado esta meta?, la respuesta es simple... no tenemos diseñado un aparato de educación que permita alcanzarlo.

Al referirme a educación, no debe entenderse solamente a lo que académicamente se ha concebido como “el deber” de haber logrado concluir el ciclo escolar, la secundaria y el universitario. Me refiero a todos los medios implícitos en el proceso de enseñanza de valores, tales como la familia, la religión, los medios de comunicación, los grupos de pares (sin distingo de edad), etc.

La familia en la actualidad reproduce un patrón de crianza basado en el castigo como forma preferencial de adiestramiento, censurando conductas pero sin brindar un comportamiento correcto como una opción asociada a los valores citados anteriormente. Los padres de familia, por razones económicas, deben trabajar una gran cantidad de horas, por lo que su ausencia en los momentos indicados y adecuados dejan a merced de la televisión, video juegos, computadoras, Internet, entre otros a sus hijos, que aprenden a querer más a su “chupeta electrónica” que a sus progenitores.

Esto no estaría tan mal, si es que existiese una programación adecuada en el televisor, pero los niños se exponen desde tempranas horas de la mañana a telenovelas cargadas de violencia intrafamiliar, dibujos animados seriamente destructivos, series televisivas que no contienen moraleja personal que no sea atacar o vengarse.

La selección de opciones de entretenimiento por parte de los padres carece de finalidad, siendo muy común ver hoy día a los hijos cada vez más lejos del concepto de integración grupal. No contentos con esto, es común ver a los pequeños con juguetes bélicos avalados por sus padres, afianzándose la cultura de violencia.

Cuando nuestro querido Alberto Cañas dijo que en nuestro país da clases la “gradería de sol” de cualquier estadio, tenía una enorme cuota de razón. En Costa Rica no hay una mayor exigencia para los educadores, quienes conocen tres fines de la educación: fin de las vacaciones, fin de año, y fin de alguna huelga. El coeficiente intelectual y los promedios de ingreso a carrera no son tomados en cuenta en nuestro país. Caso contrario acontece en Finlandia por citar un ejemplo, donde el promedio más alto de carrera profesional lo tiene la carrera de educación. De ésta manera se aseguran que los niños serán formados por las mentes más brillantes del país.

Aunado a este problema, está el diseño de la forma de aprendizaje, el cual en nuestro país se ha definido como “constructivista”, pero en la práctica es una mala copia de la psicología conductual -basándose en el castigo-, que el mismo conductismo está ya cansado de explicar que no es la mejor opción de enseñanza, sino la peor.

Se suma a esto que los objetivos no se encuentran bien delineados, y mucho menos específicamente delimitados, pues cuando el objetivo es alfabetizar basta con aprender a leer y escribir, pero no se ama la lectura o la escritura.

El resultado de este proceso es evidente en sí mismo, personas que no son capaces de tener razonamiento lógico deductivo o abstracto, el cual es precisamente la finalidad del constructivismo. Nuestro país alfabetiza pero no educa.

La influencia de los medios de comunicación está orientada a la “cultura del miedo”, pues hacen énfasis en las noticias de robos, asaltos, violencia y demás formas destructivas de relación interpersonal. Los individuos entran en reacciones de alerta y defensa frente a potenciales peligros y la conducta esperable es la irritabilidad y la agresión. Éstas son antagónicas a la cultura de paz.

El sistema legal se encuentra saturado de leyes, que en aras de la especificidad, lo único que logran es una mayor confusión en los individuos. El exceso de leyes hace imposible recordarlas y entenderlas. La clave son leyes breves, concretas y concisas, que sean fáciles de recordar y cuya aplicación se extienda a la mayor cantidad de ámbitos posibles. Sin desear sonar moralista o fanático religioso, Jesús impacta la humanidad dejando una única ley: amarse los unos a los otros tal y como él nos amó.

En esta misma línea, es cierto que debe existir una consecuencia lógica por un acto que dañe a terceros, pero para que sea funcional debe de aplicarse adecuadamente la consecuencia. Nuestro país abunda en leyes que no se aplican en la práctica, pues basta ver los noticieros para enterarse de que quien roba está pronto en la calle, ya sea porque el monto sustraído es insignificante, o bien porque el ladrón es muy importante y se logran beneficios para con él. Esto provoca un efecto de frustración en los ciudadanos, y la primera reacción psicológica ante la frustración es el enojo, antítesis de la calma requerida para la paz.

Aunque se podría seguir ejemplificando en dónde es que se falla, basta con estas muestras para hacer ver que el camino se ha errado. Rectificarlo es nuestro deber presente, una responsabilidad ineludible que se debe encarar, no importa el costo físico, emocional y económico que esto conlleve.

Realizarlo implica ir de nuevo a la mesa de dibujo, con las mejores mentes, y realizar un diseño que sea funcional, y cuyos objetivos se concentren en los valores supra citados. Aunque el resultado tardará tres generaciones en cristalizarse, si no se empieza ahora, entonces ¿cuándo?.